

grimas de los penitentes, haciéndose en aquella ocasion mas grande con triunfar así de sí mismo, que quando triunfaba de todos los enemigos de la Religion christiana. *Manus ejus contra omnes.*

Aquí teneis, christianos oyentes mios, una sucinta idea de los combates que *Agustin* ha presentado, y de las victorias que ha conseguido. Esta es la parte mas brillante de su elogio. Siento muy mucho no haberlo desempeñado como debia; pero concluyo con lo mas interesante del Panegirico para vosotros: esto es, con decir, que imiteis su penitencia, adores, con decir, que mireis sus talentos, y respeteis su autoridad: que el que no pueda ser el panegirista y el oráculo del Christianismo como este Santo Doctor, debe á lo ménos esforzarse para ser como él el modelo de la perfeccion christiana. Vosotros sois christianos, con que debeis ser perfectos y santos como él. Haced que por vuestro medio revivan las virtudes de *San Agustin* sobre la tierra, para que os hagais dignos de obtener la corona que él posee en los Cielos.

PANEGÍRICO

DE SAN NICOLAS DE BARI,

Obispo y Confesor:

PREDICADO

El dia de su fiesta en la Iglesia de su advocacion.

Mirabilis potentia ipsius. Admirable es su poder. *Eccli. 43. 31.*

Todo poder dimana de la divinidad. Los milagros que obraron los Santos miéntras vivieron, y los que aun hacen despues de su muerte, no tanto anuncian su propia gloria, quanto la de Dios, cuya imagen nos recuerdan con ellos.

No olvideis, christianos oyentes, este sólido principio, porque he pensado empezar por él un elogio, que será una continuada série de prodigios. Quanto mas increíbles parezcán, otro tanto mas bien comprobarán la obra de Dios, cuyo Señor se deleyta algunas

nas veces en comunicar á los mortales su poder, ya por medio de la instruccion, ó ya por la felicidad y abundancia de la tierra.

Este poder, pues, ¿ha resplandecido jamas con mayor magnificencia que en el Santo Pontífice, baxo de cuya advocacion está consagrado este templo al Eterno Padre? *Mirabilis potentia ipsius.* La pintura de su vida y la historia de su culto, nos presentan una encadenacion de maravillas, señaladas tanto en los fastos de los impérios, como en los anales de la Religion. A la interesante enumeracion de estas maravillas, era á la que San Bernardo cedia en otro tiempo el panegirico de *San Nicolas.* Si es cierto que le proponia en él como el modelo de la juventud, el recurso de la miserable indigencia y la gloria de los pontífices; tambien lo es, de que con la mayor complacencia hacia estrivar su discurso sobre el carácter de un Santo (1), cuyos milagros se han extendido por toda la recondex de la tierra. *Cujus miracula per totam mundi latitudinem diffunduntur.* ¡Ah! exclamaba él quando referia los milagros de *San Nicolas*: ni todas las plumas de los sabios son suficientes para escribirlos, ni todas las lenguas de los oradores para publicarlos. En efecto, hermanos mios, son admirables. *Mirabilis potentia ipsius.* Ellos fueron el premio y la recompensa de sus virtudes.

Yo, pues, no separaré la santidad de *San Nicolas* de su poder. Por lo primero solicitaré

(1) Bern. Serm. de S. Nicol.

vuestra admiracion; por lo segundo vuestro reconocimiento. Ambas circunstancias merecen vuestros respetos, porque una y otra pueden ser colocadas en el lugar de los milagros. Milagros en el orden de la gracia; y milagros en el orden de la naturaleza.

Los milagros de *San Nicolas* en el orden de la gracia, son dignos de admiracion en todos los siglos. *Punto primero.*

Los milagros de *San Nicolas* en el orden de la naturaleza, son dignos de reconocimiento en todos los hombres. *Punto segundo.*

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Dichoso el hombre que, libre su vida de vicios y flaquezas, ofrece solamente dias de piedad y de penitencia: que en medio de la prosperidad, desprecia los tesoros de una fortuna percedera, ó, por medio de útiles beneficios, consagra el uso de ella: que en las funciones, y desempeño de un ministerio lleno de gloria, aunque penoso, ignora los privilegios mundanos que le favorecen y lisonjean, y no conoce sino los que le imponen sus austéras obligaciones: que en los tiempos de turbacion y de tempestad sostiene los combates del Señor, y no teme ser víctima de la verdad despues de haberla defendido. ¿Quién es este Héroe, este prodigio? El siglo en que nació se regocijará con haberle poseído. Los que le sucedan, le tributarán, penetrados de sus maravillas, los justos elógios que se deben á sus obras

obras y á sus virtudes. *Quis est hic? Et laudabimus eum* (1).

¿Se podrán desconocer, á vista de estas primeras señales, el carácter que dominaba á *San Nicolas*, y sus milagros en el orden de la gracia? Los milagros de *San Nicolas* en el orden de la gracia, son milagros de penitencia y de caridad: milagros de sabiduría y de zelo: milagros de intrepidez y de constancia. Los milagros de penitencia y de caridad le adquirieron su reputacion, como la admiracion nos los anuncia: los de zelo y sabiduría, aumentaron su reputacion, como la misma admiracion alaba; y los de intrepidez y constancia, pusieron el colmo á su reputacion, segun la admiracion nos los consagra. *Mirabilis potentia ipsius.*

La virtud de los santos no siempre empieza con ellos mismos. Hay algunos cuyos primeros dias estuvieron llenos de tinieblas, y si no se hallaron en ellos vicios que reprehenderles, mucho ménos se les hubiera encontrado despues méritos que aplaudirles.

El mérito, segun *San Bernardo*, penetró á nuestro Héroe por las oscuras nubes de la infancia. *Electus ab utero* (2). Los historiadores de su vida empiezan la relacion de ella por la de sus milagros. Milagros de penitencia. En efecto, señores, entre todos los santos á quienes reverencia la Iglesia, ninguno es mas joven que *San Nicolas* entre los penitentes. El pri-

(1) *Eccli. 31. 9.*

(2) *Bern. Serm. de S. Nicol.*

primer lugar de sus austeridades fué la cuna. Si: la cuna digo, en donde ignora el hombre la Religion, sus obligaciones, y aun hasta á sí mismo: la cuna, que es el primer testimonio de la debilidad humana, y la depositaria de nuestros primeros suspiros: la cuna, en donde las ideas están confundidas y son imperceptibles los sentimientos: la cuna, en fin, no fué para nuestro Santo lo que para el común de los demas hombres. Puede decirse, que la piedad antepuso en él la razon, y que fué el mártir del Evangelio ántes que pudiese ser su discípulo. La misma naturaleza se admiraba al verle que se negaba los auxilios mas justos y necesarios, repugnando el alimento por religion, así como otros claman por él con sus lágrimas; y haciendo memorables, por medio de unas privaciones reflexionadas, unos dias que habia consagrado ya con anticipada virtud á los ayunos y á la mortificacion.

¿Cómo os parece, hermanos míos, que alumbrará en su medio dia el astro que se dexa ver con una aurora semejante? ¿Qué exemplos de penitencia no dará á la Iglesia un Santo que desde la mas tierna edad se entregó voluntariamente á los rigores de una abstinencia hasta entónces desconocida (1)? *Quis putas puer iste erit?* En qualquier estado que la Providencia le coloque, será un constante modelo de severidad evangélica. Será tan penitente en la juventud como en la infancia: sobre el

Tom. II.

M

(1) *Luc. 1. 66.*

trono de la Iglesia, como en el silencio del retiro; y tanto en la amortiguada edad de la vejez, como en la fuerte y vigorosa de sus primeros dias. Su penitencia empezó con él, y no se acabará hasta que él se acabe.

A estos admirables prodigios se juntan los de la caridad. *Andad, vended vuestros bienes y distribuidlos entre los pobres.* *San Nicolas* se impuso un precepto de este singular consejo del Evangelio. En vano se le presentaba á su vista la mas brillante fortuna por medio de una opulenta sucesion. ¿Qué vienen á ser las mayores dichas de este mundo para un hombre que piensa en la eternidad? *Nicolas* solo advertia en las riquezas que sus padres le dexaron un obstáculo para la santidad: por lo mismo las renunció. Pero aunque no las quiso admitir para sí propio, no por eso dexó de disponer de ellas en favor de los demas. Su infinita caridad se habia reservado el precioso derecho de repartirlas entre los miserables. Un corazon grande solo se complace en ser rico por llegar á ser liberal.

El explicar la liberalidad de *San Nicolas* seria detener vuestra consideracion sobre aquel desgraciado padre, á quien de su antigua opulencia no le habian quedado otros residuos que tres vírgenes christianas, herederas de sus desgracias al mismo tiempo que de su nombre. Así, pues, pasaba sus tristes dias en un desconocido retiro con la mira de ocultar á los ojos del público sus suspiros, su dolor y sus necesidades. A vista de sus ojos, que vertian arroyos de lágrimas y excitaban á otros

á que las derramasen, esperaban sus desconsoladas hijas el preciso instante de la muerte, como que era para ellas la vida la calamidad mas grande. El único recurso que las quedaba era el de su virtud. ¡Ah! ¿quién puede dudar que siempre ha tenido esta un absoluto imperio sobre los corazones á quienes va á provocar la fortuna en el centro de la indigencia? ¡O miserias! ¡o cruel miseria! ¿A cuántos peligros expones á la inocencia, al honor y á la Religion? ¿Si lo diré yo? ¿No se han de admirar todos al oirlo? Despachado el padre, aquel padre indigno de serlo, intentó, guiado de su desesperado impulso, formar un proyecto á cuya vista se horroriza el pudor y la humanidad. Percíbese en la ciudad su monstruoso designio, hace que se subleve la piedad, y que el libertinage lo advierta. Abrióse el abismo y se preparó el escándalo. Ya andaban ambos al rededor de aquel peligroso asilo en que el padre y su brillante posteridad estaban encerrados: les sitiaban las mas violentas tentaciones, lisonjeras promesas, y pasiones tan atrevidas para producirse, como fáciles para insinuarse. Ya estaba armado el crimen de acuerdo con la fortuna, quando::: Pero ¿qué es lo que va á suceder? No: no haya miedo: una mano respetable y bienhechora detendrá á la orilla del precipicio á unas ilustres vírgenes, á quienes solo llevadas de una desesperada situacion iba á sumergir una bárbara determinacion. *San Nicolas* estaba instruido del oprobio que amenazaba á una miserable familia, digna de mejor suerte. Cono-

cia el peligro. Mas ¿cómo le habia de remediar? Siempre es la caridad industriosa. ¡O sombras de una noche obscura! Vosotras, vosotras sois las que ocultareis los secretos pasos que *San Nicolas* medita. La virtud amenazada recibió por él el premio de su seguridad; sin haber podido descubrir la propicia mano que la habia salvado de un peligro tan próximo. Los milagros de la caridad son otro tanto mas admirables en quanto con mas cuidado se ocultan.

Pero ¿cómo es posible que estén ocultos mucho tiempo á las eficaces indagaciones del reconocimiento? A la verdad que es muy dificultoso. Interesado en la gloria de su bienhechor, observó sus piadosos caminos hasta descubrirle, é hizo que muy en breve se extendiese su reputacion por toda la Lycia. Aquella heroyca accion que estaba creido nuestro Santo no habia confiado mas que á su corazon; llamó sobre él los respetos y las atenciones públicas, consiguiéndole admiradores en todas las partes del Universo y panegiristas en todos los siglos.

Los milagros de penitencia y de caridad eran el motivo de su reputacion: la admiracion les anunciaba. Los milagros de sabiduria y de zelo aumentaban su reputacion: la admiracion les alababa. *Mirabilis potentia ipsius.*

Ya le habia visto la Lycia, con edificacion suya, dirigido por los cuidados de un tio virtuoso y sabio, hacer rápidos progresos en el camino de la virtud y de las ciencias.

En-

Entrado al honorífico estado del Sacerdocio, se dispuso para conservar este delicado ministerio con el vencimiento de sus pasiones, habiendo logrado sujetarlas tantas veces, quantas le combatieron. A pesar de estas victorias, como todavía estaba vacilante por su mal asegurada virtud entre los escollos del mundo, habia concebido la noble idea de huir del peligro, como en efecto lo executó.

A expensas de la Providencia se habia establecido cerca de las puertas de Mira un solitario asilo, acreditado desde sus principios por la reputacion de la santidad que se habian adquirido los muchos hombres religiosos que se consagraban en él al Señor. A aquella escuela de piedad y de penitencia habia ido *Nicolas* á buscar exemplos y á darlos. El fin que se habia propuesto al ir á ella, era el de obedecer; pero se le obligó á mandar. Puesto al frente de esta santa Religion, con quantos prodigios de zelo y de prudencia se distinguió? Decir que formó allí discípulos que le imitaron en la sabiduria de la ley, en lo zelosos del culto, en lo amigos de la virtud y en lo enemigos del vicio y del error, es dar á entender, pero no acabar, el interesante quadro de su gobierno. Pero ¡ah! apenas le poseyeron sus discípulos quando le perdieron.

Entre tanto que triunfaba allí baxo de sus leyes la perfeccion evangélica, ¿dónde pensaba el buscar otra todavía mas sublime? En la Palestina. El oráculo de la Lycia se desapareció entre las inconstantes olas del mar. Dexemos á un lado, hermanos míos, el que

la embarcación en que iba se formó una cátedra de la verdad, donde hizo respetar su zelo á la Religion casi desde el punto en que entró en ella. No hagamos cuenta, de que así que entró en Alexandria fuese á postrarse á los pies de Antonio el Grande, y le admirase al propio tiempo que él quedase admirado. No por cierto; de nada de esto hemos de hacer caso. Por donde es menester seguirle, es por Jerusalem y sobre el Calvario. ¿Cómo es posible manifestar los movimientos de su corazón al ver aquella preciosa montaña en donde se consumó la redención del mundo? Pero ¿adónde voy yo á parar? Dexa *Nicolas*; dexa los desiertos de la Palestina, y vuelve entre la multitud de las gentes del mundo: *Tibi redeundum est ad mundi Palestinam* (1). Esa no es la tierra que debes cultivar. *Non est hic ager in quo fructum proferas*. Tú estás destinado para trabajos mas útiles y penosos. Por fin, la divina Providencia le encaminó á Mira. Su Iglesia acababa de perder su prelado. Una infinidad de concurrentes aspiraban con ansia á la consecucion de tan distinguido y privilegiado empleo. ¡Ah! No; no será sobre esos hombres, que con tanta ansia lo pretenden, sobre quienes recaerá la eleccion del Señor. *Non elegit Dominus ex istis* (2). ¿Quereis saber, ó zelosos Pontífices, que os habeis juntado para dar á esta desconsolada Iglesia, segun las intenciones de Dios, un dig-

(1) Surtus, in Vita S. Nicol.

(2) I. Reg. 16. 10.

digno pastor; quereis saber quien es aquel que el cielo tiene determinado que lo sea? Consultad á sus oráculos: orad, y lo sabreis. Parece que el cielo lo daba ya entender. *Mane qui sacram prior intrat aedem, fingite Mitram* (1). Aquel que al romper el alba se acerque el primero hácia ese augusto Santuario, ese es justamente el hombre de Dios, y á quien habeis de nombrar. En efecto, preséntase *Nicolas* en el templo, é inmediatamente pusieron todos sobre él sus miras. Condúxosele al altar lleno de aclamaciones públicas. ¡Ah! ¡y quan ignorante estaba este nuevo Isaac, de que era él la víctima que se iba á sacrificar! Por mas que le proclamaban todos á una voz, no dexaba de resistirse. ¡Quan gloriosa es esta accion para la Religion! *Hic pugna*. Aquellos respetables prelados estaban bien persuadidos á que la elevacion de *Nicolas* era obra de la Providencia. Asombrado nuestro Santo, á vista de un yugo superior á sus fuerzas, temblaba, gemia y suplicaba. Pero su turbacion, su espanto y sus lágrimas, solo servían de probar mas bien quan digno era de los honores que reusaba. ¡O repentina mudanza! La misma cruz con que se le honraba, le parecia que estaba teñida con la sangre de los mártires sus predecesores. En vista de esto, cesaron sus lágrimas. Pensaba que el episcopado le proporcionaría muy en breve la ocasion de conseguir la corona del martirio. ¡Que esperanza tan deleytable para su zelo! ¡Que no se hubiera vis-

(1) Hymn. in Offic. S. Nicol. ad Nativ. Santol.

to ya desde aquel mismo instante en medio de los cadaveros ó de las hogueras! ¡Qual será el día que se señale con su muerte en defensa de la fe de Jesu-Christo! Le parecía que aquel habia de ser el mas precioso de toda su vida. ¡Ah! No es la sangre de *Nicolas* la que pide la Religion, sino su zelo. ¿Quánta necesidad tenían de él toda la Iglesia universal, y la particular de Mira? ¡O deplorable estado de la primera! Por desgracia se veía entonces como temblando y para perecer, baxo el hierro homicida de los tiranos que, como protectores políticos de la idolatría, se habian propuesto esta idea. Estaba desacreditada con las poderosas facciones de la heregía, tal vez mas terrible en sus sucesos que el paganismo en sus furors. El precursor de Arrio, de Macedonio, de Mahomet y de todos aquellos Heresiarcas, cuyos errores habian sido poderosamente combatidos desde el tercer siglo por el sabio zelo de San Dionisio de Alexandria: aquel audaz filósofo, que tan pronto como fué discípulo del impio Noét, se le vió excederle en la propagacion de la impiedad: aquel feroz enemigo de la augusta Trinidad, que, baxo el especioso pretexto de sostener la unidad de Dios por la de las personas, destruía á la divinidad misma. Sabelio digo, destruido, condenado y muerto, tenia todavía en el quarto siglo, y sobre todo en la Lycia, partidarios, discípulos y protectores.

Pero si es cierto que la Iglesia universal padecia sus males, tambien lo es de que la particular de Mira tenia sus desórdenes. A esta

ta ciudad, pues, no se la debe considerar semejante á aquellas en donde, por sus depravadas costumbres, reyna impunemente y con la mas desenfadada licencia el orgullo, la luxuria; el escándalo, la independencia; el sacrilegio, la irreligion. El siglo de *San Nicolas* aun no estaba lleno todavía de incredulidad. Pero habia en Mira algunos vestigios de la idolatría á quienes era preciso borrar: semillas del error á quienes era indispensable ahogar; y vicios del clima contra quienes era menester combatir. Ella era una ciudad opulenta; y estas ventajas son, como todo el mundo sabe, la causa de mil extravíos. Atraidos á ella los extrangeros, por el comercio marítimo, la llevaron el luxo mas excesivo. Este es el escollo en donde tropiezan las buenas costumbres. Con que ¿quiere duda que para introducir allí el espíritu evangélico se necesitaban milagros de sabiduría y de zelo? Pues esto es justamente lo que hizo *San Nicolas*.

Lo mismo fué presentarse allí y reconocer el mal que atacarle. Esto lo hizo por medio de los útiles reglamentos que estableció; y para darles una forma estable y mas segura, los ratificó en los concilios que celebró. Concilios á la verdad en donde por las decisiones mas sabias se detenian los abusos en sus principios: recibia un nuevo resplandor la magestad del culto: se volvian á su vigor las leyes de la disciplina; y se renovaban los anatemas de la Iglesia contra la declinante heregía de Sabelio y de sus últimos apologistas.

Pero habia algunos espíritus desobedientes que desde luego se resistian á las piadosas intenciones del santo Prelado. ¿Con que se opondrá él á semejantes malvados? Con las reconvençiones de un amigo y las amonestaciones de un padre, que le bastaban para triunfar de ellos. Su moderacion desengañaba á los preocupados, y aun hasta los mas inflexibles cedian á su prudencia. Su afabilidad y su dulzura, no dexaban á los corazones mas pertinaces sino el sentimiento de su ingratitude. Se dissipaban las intrigas, cesaba la rebelion; se arruinaban los ídolos y huía la heresia: protegidos todos los vicios por una larga impunidad, no eran ya conocidos desde entónces, sino por la vergüenza de aquellos que les habian sido fieles. De tal suerte, que hizo ménos conversiones Jonás en Nínive, que *Nicolas* en Mira.

Mas ¿que conversiones se le habian de escapar al zelo de un Pontífice tan sabio como edificativo, que era el oráculo y el modelo de su Clerecia del mismo modo que de su pueblo: protector de las ciencias y de los sabios; y aplicado á formar unos apóstoles que llegaron á ser las lumbreras de la Clerecia, como lo manifestaron Paulo Rodano y Teodoro Ascalonita? De este modo no era extraño que en cada dia se añadiesen nuevos rasgos á la gloria de *San Nicolas*. La extension de su Diócesis parece que se estrechaba para oír la celebridad de su reputacion. Por todas partes le concedia la admiracion pública el privilegio de ser el honor del Sacerdocio, el apoyo de la

Igle-

Iglesia y el milagro de su siglo. *Mirabilis potentia ipsius*. Pero en este necesitaba aun mas que milagros de sabiduria y de zelo, porque eran menester otros de intrepidez y de constancia.

— Si, á vosotros, Pontífices de la Iglesia, os está confiado el depósito de la fé. Vosotros debéis responder de él al cielo y á la tierra. Así esta como aquel mirarian con indignacion á unos Pontífices tímidos que intentasen acomodar la Religion á las circunstancias del tiempo, dando á entender una odiosa neutralidad entre Jesu-Christo y Belial, y que por una tolerancia política proporcionasen triunfos al error y á la incredulidad. ¡ Ah! Si siempre se renovasen los tristes exemplos de Eusebio, de Osio y de Auxenza para confundir á los imitadores de estos hombres flojos é infieles á su ministerio, solo les opondría yo la constancia é intrepidez de *San Nicolas*.

— Intrepidez, constancia y virtudes que necesitan tener los Pontífices en todo tiempo, como que siempre encuentra obstáculos la Religion. Tal vez no los halló nunca mayores que en el quarto siglo. Siglo de horror y de carnicería en el que habian procurado su ruina los mayores enemigos del christianismo Diocleciano y Maximino, aquel por política y este por gusto. El primero porque temia á los christianos, y el segundo porque los aborrecia. Diocleciano para asegurar su poder. Maximino para manifestar su autoridad. El uno sin mas motivo que el de quitar unos temores infundados: el otro sin tener mas causa que el bárbaro placer que ha-

hallaba en verter la sangre de los fieles. ¡Quantos ruinosos edictos se publicaron por toda la extension del imperio Romano! ¡A quantos se condenaron á muerte! El perder los bienes y la libertad, era lo menos que podian esperar los discípulos de Jesu-Christo. Baxo de mil modos diferentes se presentaba á sus ojos el honroso aparato de su suplicio. Se les decia, que la venganza de los césares consistia en hacer una grandísima hoguera de todo el mundo christiano, y que su crueldad era solamente ingeniosa para buscar tormentos desconocidos á los Nerones y á los Dioclecianos. ¡O Lycia! ¡O Mira! ¿Por qué fatal suerte se descargaron sobre vosotras los primeros rayos de la tempestad? Yo veo, pero ¡con que sentimiento! destruidos vuestros altares, y sepultados vuestros templos baxo de sus ruinas; á vuestros ciudadanos amenazados y llenos de temor, precisados á buscar en diferentes subterráneos la seguridad, la salvacion y la vida. ¡Qué espectáculo tan cruel para *San Nicolas*! Pero ¿se escapará él mismo del fuego de la persecucion? Enterados de su zelo y sucesos los señores del Mundo, le levantaron sobre su misma reputacion una causa criminal. Siempre se les mira como delinquentes á quienes se quiere perder ó perseguir. ¿Dónde hallaré yo colores tan vivos que sean suficientes para pintar el valor con que despreciaba la tempestad, corria delante de los suplicios, y, al parecer, desafiaba santamente á la muerte? Mas ¡qué mucho si los ministros de los césares no se atrevian á levantar contra él

aque-

aquellas manos destinadas á descargar sus golpes sobre todos quantos no hiciesen una tímida genuflexion delante de los ídolos! ¿Si se temerian de que llegase á ser su muerte un triunfo para el Christianismo, cuya destruccion meditaban? Lo cierto es, que el Obispo de Mira fué arrebatado de su pueblo. Llevósele á aquellas tristes mansiones en donde entregados los reos á la justicia, esperan lastimosamente encadenados, su sentencia y su muerte. ¡O, qué preciosas se me representan aquellas cadenas con que se sujetan á unas manos acostumbradas á esparcir tantos beneficios! *O gloriosa vincula* (1)! Aquella prision parecia á *San Nicolas*, del mismo modo que á *San Pablo*, un palacio y un trono. El permanecer mucho tiempo en ella, será evidente señal de que se le condene tambien á un rigoroso destierro; pero siempre manifestará en él la misma firmeza y constancia que antes. A su piedad se la aumentan sus fuerzas con las desgracias.

¡Ah! ¿cómo era posible de que se mantuviese esta fortaleza, quando para colmo de su desgracia supiese lo muy funesta que habia sido su ausencia á su pueblo, y que en medio de él habia corazones tan interesados que se habian dexado deslumbrar por las promesas, tan pusilánimes que se habian intimidado con las amenazas, y tan pérfidos que consintieron sacrificar su Religion por conservar su vida? ¡De quanto sentimiento le serviria conocer su delito y no poderle remediar!

(1) Prosa de *San Nicolas* para la Misa.

¡O Dios omnipotente! restituid, restituid la paz á la Iglesia para que vuelva *Nicolas* á su pueblo. Tales eran las súplicas que dirigia al cielo. Por fortuna fueron oidas, y todo mudó de aspecto. Los tiranos fueron humillados, el infierno confundido, pereció Diocleciano, Maxímimo ya no existia, y con esto respiraba la Iglesia. Vencedor Constantino de Lycinio, subió al trono y colocó en él la Cruz de Jesu-Christo, declarándose protector de la Religion y revocando los edictos de sus predecesores. Con este motivo se llamaron á los obispos desterrados, y *Nicolas* fué restituido á Mira. ¡Que dia tan dichoso para él y para su pueblo! El dolor que habia tenido en su pérdida se le olvidó con el placer que tuvo en recibirle. Aprovechándose nuestro Santo de la tranquilidad que gozaba la Religion, no se descuidó un instante para proporcionarla nuevas conquistas y fortificarla contra otras nuevas desgracias que la sobreviniesen.

En efecto, no dexaban de amenazarla y affigirla algunas de ellas. De lo mas profundo de los infernos salió un monstruo de audacia y de impiedad. Este fué Arrio, que solo tenia de grande el atrevimiento y el orgullo. Presentóse á la vista de un mundo alucinado con las apariencias de un ingenio brillante, que nada era en realidad. Con las sutilezas de una cautelosa eloqüencia suplía la profundidad de la erudicion. Articioso, insinuativo é hipócrita, ocultaba con el velo del disimulo sus reflexionados atentados. Ambicioso y vindicativo, usaba solo del lenguge de la

mo-

moderacion y del desinterés. Capaz de cometer todo género de baxezas, intrigas y maldades, aparentaba estar unido á los grandes, sumiso á los obispos, afable con el pueblo, y era muy diestro para condescender con las opiniones de los sabios, á fin de persuadirles mejor sus errores.

¡Pero que errores! Solo tenian por objeto el profundizar la raiz y los fundamentos del Christianismo, y negar la divinidad de su Autor. A las primeras blasfemias que profirió Arrio, se estremeció la Iglesia. Ya estaban discordes los espíritus, y se declaraba un pernicioso y sanguinario error. Al paso que encontraba este enemigos, hallaba tambien protectores. Por una parte se armaba el zelo, se exercitaban los talentos y amenazaba la autoridad para apagar una centella que podria producir algun incendio. Por otra infestaba el veneno preparado con destreza á los reyes, á los emperadores, á los sabios y hasta á los obispos mismos.

¿De que medios os parece que se valdria desde luego *San Nicolas* contra un enemigo tan poderosamente sostenido como Arrio, y contra una doctrina tan manifiestamente impía como la del arrianismo? Una carta sabia y razonada que dirigió al santo patriarca de Alexandria, fué el primer monumento de su zelo. Despues de esto, se armó inmediatamente con el látigo de la palabra, y vaticinó con sus discursos las tempestades que despediria muy en breve el concilio de Nicéa. Concilio compuesto, por cierto, del concurso mas venerable

y

y agosto que vió jamas el mundo christiano. Asamblea en donde baxo la proteccion de Constantino, que era lo que tenia la Iglesia de mas ilustre, el Imperio de mas respetable y el Mundo de mas sabio, se trataba de comun acuerdo para exáminar sin preocupación el error, profundizarle con discernimiento, y juzgarle sin apelacion. Entre los padres que componian el concilio bastará nombrar á un Osio de Córdoba, á un Eustazio de Antioquia, á un Macario de Jerusalem, á un Pablo de Neocesarea, á un Zenon de Tiro, á un Teodoro de Tarsa, á un Athanasio, que, aunque todavía no era obispo, era muy digno de serlo.

Otro qualquiera que no pensase como yo, os diria que el nombre de *San Nicolas* estaba comprehendido tambien entre los que aterraban al Arrianismo: pero por lo que á mí toca, me contentaré solo con preguntaros, ¿si se estremecerian ó no los partidarios de esta secta al advertir que entre sus jueces estaba un Pontífice perseguido, proscripto por su fé, y á quien sin embargo de esto, por respeto á la idolatría, no se habian atrevido á sacrificar? ¿Que adversario tan terrible es contra el error un apóstol y un mártir de la Religion! ¿Cuanto peso dan sus sufrimientos á su doctrina! A la verdad que sus exemplos consiguen sobre los espíritus y los corazones una elevacion tan imperiosa, que no puede dexar de prometer la victoria á la verdad.

Y esta, ¿que podia dexar de esperar de un Pontífice que era el alma de un concilio por sus luces, el ornamento por su santidad y el

pa-

padre por su edad prematura? *San Nicolas* se me representa en él como otro Juan Evangelista, que se escapó milagrosamente del sacrificio. En él reverenciaban los Pontífices su oráculo y admiraba la Iglesia su defensor. Constantino le hizo los mas brillantes honores, y el Papa San Silvestre le anunciaba al Universo como una víctima de la fé, que sobrevivía á su martirio para armar contra el error aquel mismo valor que tantas veces habia salido vencedor de la idolatría.

¿Os parece, hermanos míos, que faltan todavía á la gloria de *San Nicolas* algunas circunstancias? Los milagros de penitencia y de caridad, fueron la causa de su reputacion como la admiracion nos lo da á entender. Los milagros de sabiduría y de zelo, aumentaron su reputacion como la admiracion nos les alaba. Y los milagros de intrepidez y de constancia que consagra la admiracion, pusieron el colmo á su reputacion. *Mirabilis potentia ipsius*. Tales fueron los milagros de *San Nicolas* en el orden de la gracia. Los que tuvo en el orden de la naturaleza, ocuparán de su elogio la

SEGUNDA PARTE.

Los sagrados libros nos muestran á un Moyses que corta las aguas de la mar, á un Elias que hace baxar fuego del cielo, á un Josué que suspende el curso del sol en su carrera; pero sin embargo, encuentran espíritus incrédulos estos prodigios señalados en los anales

Tom. II.

N

de